



Marcelino Camacho y Julián Ariza en la Casa de Campo madrileña, donde las centrales sindicales habían convocado a sus militantes a una fiesta al aire libre.

riesgo de una auténtica tragedia —los heridos por la Policía podían haber sido muertos—, se han violado los acuerdos recién firmados, con la OIT y las Naciones Unidas, se ha hecho en el fondo y la forma la misma política que habría realizado un Fraga en sus buenos tiempos, con tal de no dar ningún tipo de posibilidad a los trabajadores cara a las próximas elecciones. No parece, sin embargo, que sea muy inteligente para quitar votos a Alianza hacer su misma política, pero en este caso es exactamente lo que ha hecho el Gobierno.

Las centrales, por su parte, a pesar de la profunda irritación que provocó la medida, no perdieron los nervios y pasaron a legalizarse el día y la hora que tenían convenido. Una razón más contra el Gobierno, pues ya no podrá utilizar el consabido argumento de que se prohibía a asociaciones ilegales. Las convocatorias, por otro lado, se mantuvieron y entre el viernes y el sábado se colocaron decenas de miles de carteles en las paredes de ciudades y pueblos. En todas partes, miles de personas han acudido a los lugares indicados con sus banderas, pancartas, gorros o pegatinas de los partidos y sindicatos. Es curioso observar cómo en los escasos sitios donde la autorización o el "dejar hacer" ha prevalecido —Ponferrada, Tenerife y Casteldelfells, que conocemos— los actos se han desarrollado con absoluta normalidad. Porque la nota famosa de Gobernación hablaba de autorizar los mítines en locales "con techo", cuestión que tampoco se ha cumplido, como demuestra el

mitin prohibido en un cine de Vall de Uxó en la provincia de Castellón. Las concentraciones del camping de Casteldelfells —de 40.000 a 50.000 personas— o la del parque del Tío Jorge, en Zaragoza —con 10.000 asistentes—, han discurrido con normalidad. En el resto, bombas de humo, cargas a caballo de la Policía Armada y Guardia Civil, detenciones, heridos incluso graves; en una palabra, las prácticas represivas de los buenos tiempos. En Madrid, tanto las concentraciones de Vallecas como de Quevedo u otros lugares fueron disueltas con extrema dureza; en la Casa de Campo, donde llegaron a juntarse miles de personas en la fuente de las Tres Hermanas, a duras penas pudo realizarse un mitin en el que hablaron Marcelino Camacho y otros dirigentes sindicales. Al poco tiempo de haberse dado la orientación de despejar, agrupados, el lugar —las bandas de guerrilleros actuaban impunemente contra los aislados—, la Policía volvió a cargar y las carreras se sucedieron sin interrupción. Las escenas vividas en Valencia, Euzkadí, puntos de Galicia, Asturias —donde se contabilizan numerosas fracturas— son muy parecidas a las de otros primeros de mayo. Tanto es así, que la propia televisión, en el informativo de la noche del domingo, comenzó con la típica frase de la época dictatorial: "Normalidad... en el 1.º de mayo"; luego no tendría más remedio que apuntar ciertos "incidentes" en este o el otro lugar. En fin, un primero de mayo envuelto en la lógica de la represión autoritaria, que demuestra, una vez más, que el proceso hacia la libertad en España está aún por culminar. ■

La Capilla siXtina

COMO MEXICO NO HAY DOS

EL viaje a México del presidente Suárez me ha puesto melancólico. México es uno de los países más hermosos del mundo, uno de esos países que te deja nostalgia y voluntad de reencuentro. Sé lo tengo dicho a Encarna: cuando perdamos la próxima guerra civil (que en esta ocasión duraría tres horas) me exiliaré a Roma o a México.

—¿No se quedaría usted en la resistencia?

—¿A mis años? ¿A mis cansancios? Bueno. Al menos me exiliaría una temporada para descansar de país. Luego volvería, dispuesto a ir ganando terreno poco a poco, otros cuarenta años, me moriría por el camino quizá...

—Siempre el cuento de la lágrima. Dios, qué cruz. ¿Y por qué México?

—Por la artesanía, y no por la artesanía en sí, sino por la artesanía como síntoma de la riqueza visual de un pueblo. También me iría por la geografía. El descenso de México a Cuernavaca con el Popocatepetel de fondo es inimitable. Tasco creciendo sobre las montañas. Todo el Yucatán, Cozumel, Can Cun, Isla Mujeres. Y me iría por las langostas que te puedes comer en Puerto Vallarta a precios de sardinas de Santurce. ¿Sabes tú lo que cuesta una docena de sardinas asadas en Santurce?

—Yo sólo como bocadillos.

—Eso será cuando no te invito yo. Pero no banalicemos la conversación. Me iría a México para poder pasear por los barrios coloniales del Distrito Federal: El Ángel, Coyoacán. Para ponerme morado de margaritas en los bares y de antropología en el museo de la capital. Para poder escuchar en directo a Chavela Vargas. Por muchas cosas que no pertenecen tanto a una posible guía turística, que pertenecen al dominio de la intuición. Intuyo que México podría ser mi segundo país y eso es todo. Lástima que hayan enviado como embajador a Coronel de Palma. Me he sentido sustituido. Yo quiero ser embajador en México.

—A ver si cuando ganan los suyos, los liberales, se acuerdan de usted.

—No estoy para soportar los sarcasmos de mi desalmada vecina y sigo recordando cosas. Por ejemplo, una típica noche turística en Acapulco, donde pasé del contraste de las barracas apabullantes de la colina a la maravilla orquestada de los "clavados" lanzándose al mar desde el acantilado.

—Triste suerte la de los políticos en viajes oficiales. ¿Qué habrá visto Suárez de México? Mesas de banquetes oficiales, alguna fachada de catedral y ministros. Qué manera de perderse un país.

—Pero qué perra ha pillado usted.

—Tienes razón. Mis ciclos de depresión política me convocan a la huida, a dejar que se lo hagan o se lo deshagan los que están en condiciones de hacer y deshacer. El proceso político español es progresivo, eso no lo dudo, pero mezquino, receloso, tacaño. Entonces me digo: Sixto, se vive solamente una vez y hay que aprender a querer y a vivir, ¿por qué no te vas a un país donde siempre haga cierto calor y puedas contemplar el mundo desde una hamaca, con un vaso de piña colada en una mano y en la otra el deseo de dibujar en el aire la intrascendencia de las cosas?

—Vaya conciencia internacionalista tiene usted. Pasar por un país como un turista, sin captar sus contradicciones, sin solidarizarse con sus fuerzas progresivas. ¿O es que en México todo es geografía y combinados frescos?

—¿Tengo derecho a deprimirme, o no? ¿Tengo derecho a cierta dosis de abandonismo de vez en cuando, o no? Un poco de humanidad, Encarna, por favor.

Me deja Encarna en pleno proceso de huida mental y cuando vuelve a entrar en mi piso yo estoy en la plaza Garibaldi de México D. F. plenamente inmerso en destrucciones, música y tufillo de tacos. Pero Encarna está ahí. Me trae una bandeja llena de sardinas asadas, con su ajo y su perejil y una botella de Albariño Fefiñanes frío.

—A la langosta de Puerto Vallarta no llega mi presupuesto —me dice, y me tira más que me da una servilleta de papel. ■